



PAZ Y BIEN
PARROQUIA INMACULADA CONCEPCIÓN



XV Domingo durante el año
10- VII- 2011

Textos:

Is.: 55, 10-11.
Rom.: 8, 18-23.
Mt.: 13, 1-9.

El sembrador salió a sembrar.

En una cultura agrícola y pastoril como en la que vivió Jesús, la figura del pastor o del sembrador, eran sumamente familiares a la gente que lo seguía y lo escuchaba.

El Señor emplea la figura del sembrador en esta parábola para enseñarnos que la Buena Nueva del Reino está destinada a todos los pueblos, porque ha venido para salvar a todos y ha mandado a sus discípulos a predicar el Evangelio. Pero la Palabra del Evangelio, no es acogida por todos del mismo modo, diversos son los terrenos: en el camino, hay terreno pedregoso, con espinas, o tierra buena.

El sembrador esparce la semilla a lo largo del camino que es este mundo, “por el que todos los que nacen pasan: es *camino*, peregrinación y tránsito para todos los que salieron de Dios y hacia Dios se dirigen” (Anónimo, *Obra incompleta sobre el Ev. de Mateo*, 31).

El sembrador de la parábola ha esparcido la semilla equitativamente, sin hacer excepción de personas; pero cada terreno, símbolo del corazón humano, ha manifestado su apertura o cerrazón a la semilla que simboliza la Palabra de Dios. El Señor manifiesta en esta parábola que el Evangelio no se recibe a la fuerza, sin el consenso de la libertad. El hombre es libre para aceptar o rechazar la Palabra de Dios.

La semilla de la Palabra es esparcida pero es recepcionada de diversa manera: En el primer caso, la semilla queda a flor de tierra, no penetra, es recibida con superficialidad y pronto es olvidada. Hay hombres a quienes, si se les habla de la gloria de los santos y de la felicidad del Reino de los cielos, se alegran al momento y gozan escuchando, pero la alegría es pasajera, y pronto es olvidada. Así en la imagen que el Señor nos propone, la voz del Evangelio queda en la puerta de la oreja, como el grano en la superficie de la tierra que no ha sido recibido en su seno (Cfr. S: Efren, *Diatessaron*, 11, 12-15-17s). También son los cristianos que simplemente tienen fe, pero no se preocupan en profundizar los contenidos de la fe, estos tienen para con Dios una piedad ligera y sin raíces (Cfr. San Cirilo de Alejandría, *Fragmento sobre el Ev. de Mateo*, 168).

Esta superficialidad en relación con la fe, también es un signo del poco o ningún interés que se tiene por la verdad. Lo que se suele buscar es un bienestar puramente sensible, se busca estar bien, y poco importa si lo que nos hace sentir “bien” se opone o esté vacío de toda verdad. Todo da igual. Un periodista afirmaba que se puede ser al mismo tiempo budista y cristiano: “todo es igual, nada es mejor” (Discépolo, *Cambalache*).

En el segundo caso, lo que impide que la semilla fructifique es la dureza del suelo pedregoso. La piedra posee dos propiedades naturales: fortaleza y dureza; por eso, a los hombres se los llama piedras o por la constancia de fe o por la dureza del corazón. “Quitaré de vuestra carne el corazón de piedra” (Ez. 36, 26), dice el profeta. Pero si bien Dios conoce esta dureza del corazón del hombre, en su infinita misericordia, no lo priva de Su Palabra.

La tierra endurecida representa a aquellos que se alejan de la doctrina de Nuestro Señor, como los que han dicho: “*Esta palabra es dura; quién puede entenderla*” (Jn. 6, 60). Como Judas que ha escuchado la palabra del Maestro y visto sus milagros, pero en el momento de la tentación se tornó estéril.

El tercer ejemplo, es el del suelo que acoge la semilla pero las espinas la ahogan. Este es el caso más común en nuestro tiempo en el que las preocupaciones por las cosas de este mundo se absolutizan e impiden nuestra vida de oración, ir a misa, leer las Escrituras o los Padres y las enseñanzas de la Iglesia. Y si venimos a misa, llegamos tarde, después de la proclamación de la Palabra de Dios, o venimos tan aturdidos que si escuchamos con los oídos, no lo hacemos con el corazón, o es más fuerte el llamado del celular que la voz de Dios y muchas veces, sin que la gravedad del caso lo merite, se deja la celebración de la eucaristía para atender la llamada. Ésta es una de las maneras en que las preocupaciones y deseos mundanos ahogan la semilla de la Palabra de Dios e impiden que fructifique.

En el último caso, la semilla cae en tierra buena y fructifica, ésta es la imagen de las almas que obran según la verdad, de aquellas que fueron llamadas y respondieron con generosidad, en las que Dios ocupa el primer lugar; en definitiva, que toman las cosas de Dios en serio.

Los comprometidos en la evangelización, ante los obstáculos y dificultades, corremos el riesgo del desaliento. “El Señor pone esta parábola para animarnos y enseñarnos que, aún cuando la mayor parte de los que reciben la palabra divina vayan a perderse, no por eso tenemos que desalentarnos. Porque también al Señor le aconteció eso y no desistió de sembrar” (S. Juan Crisóstomo. *Homilias sobre el Ev. de Mateo*, 44, 3).

Frente a la superficialidad, a la indiferencia o a la dureza del corazón del hombre, al recibir la semilla de la Palabra de Dios, si no se dio la transformación en todos, no fue ciertamente por culpa del sembrador, sino de aquellos que no quisieron transformarse...no fue culpa de quien tanto amor les mostrara” (Id.).

Los cristianos tenemos una certeza alimentada y sostenida por la Palabra de Dios: existe la absoluta seguridad de que la semilla nunca deja de dar fruto. La primera lectura anuncia triunfalmente que la gracia de Dios es como la lluvia que fecunda la tierra y la hace germinar, da semilla al sembrador y pan al que come. La Palabra no vuelve a Dios estéril. Frente a los desafíos que la Iglesia debe asumir ante el naufragio de la fe, no solo en Europa; esta certeza debe sostener nuestros trabajos por el Evangelio.

Hermanos, no debemos desconocer que en nuestro tiempo no sólo están los que reciben la semilla del Evangelio por primera vez, sino también los que ya pertenecen a la Iglesia y que por distintas causas deben ser reevangelizados: son los “*no practicantes*”.

“Hoy un gran número de bautizados que - dice Pablo VI -, en gran medida, no han renegado formalmente del bautismo, pero están completamente al margen, y no lo viven”. Esta situación tiene muchas causas, entre ellas, las del “hecho que los católicos hoy viven junto a los no creyentes y reciben continuamente el influjo de la no creencia. Además, los no practicantes contemporáneos, más que en otros tiempos, buscan de explicar y de justificar su posición en nombre de una religión interior, de la autonomía o la autenticidad personal” (E. N., 52).

Teniendo como marco la parábola que estamos meditando; la situación de la debilidad de la fe y la práctica religiosa de nuestra gente es debido no sólo a elecciones personales o al influjo del mundo contemporáneo, sino también a factores internos a nuestras comunidades, como la insuficiente profundización de la fe o de la falta de espacios de formación que no suele pasar de la catequesis pre-sacramental. Y por último la falta, no de piedad, sino de formación y cultura católica.

Éstas son las causas, también, que hacen que la semilla de la fe no fructifique.

Pidamos al buen Dios que no nos desanimemos, ante las dificultades al sembrar la semilla del Evangelio, y aumente nuestra fe en la infalibilidad de la Palabra, que como la lluvia, no vuelve a Dios estéril sino que realiza todo lo que Él quiere y cumple la misión que Él le encomendó (Cfr. Is. 55, 11).

Amén

G. in D.